

# Tres nombres

por Bernard Nominé

Seminario Escuela itinerante

Tarragona 2012.

Para preparar esa intervención en vuestro seminario, he leído los trabajos presentados por mis colegas en las pasadas sesiones. Es importante para nuestra comunidad que los resultados del pase puedan ser compartidos. Pero no es sencillo porque es una experiencia muy íntima y bien sabemos que lo íntimo es un lugar donde se condensa el goce. Entonces, compartir lo íntimo puede ser arriesgado, y de todos modos de poco interés a nivel de una ganancia de saber. No se trata para mí de despreciar lo íntimo, digo solamente que es algo difícil de compartir a nivel de un saber. Cuando lo íntimo se comparte, es esencialmente a nivel del afecto.

En una pasada sesión, Albert Nguyen testimonió de cómo la transmisión de un pasador había tocado al cartel y como había sido muy buena señal. Es la función del pasador como placa sensible y no como pasador de un saber teórico. A decir verdad un pasador, inclusive fuera de nuestro ámbito, un pasador no es un maestro, no nos entrega ningún saber, es quien nos abre una puerta que desemboca en un espacio nuevo, es quien nos abre un camino nuevo. Es quien nos lleva a un mundo que desconocíamos. Nada que ver con la función del examinador que comprueba el nivel del saber. De cierto modo, lo que espero de un pasante, de un AE, es que sea pasador.

Del mismo modo, si acepto hablar del pase, no es para aburrirles con una teoría machacada: atravesamiento del fantasma, identificación al síntoma, pruebas del inconsciente real... si acepto hablar del pase, es con esa idea de hacerme pasador de esa experiencia. La cosa es que eso no se calcula.

Noto que para Lacan el pase es un momento antes de ser un dispositivo, un momento que no es forzosamente único. Estoy en este momento trabajando un seminario muy interesante, el seminario que sigue el XX, “Les non-dupes errent” que empieza así: “Recomienzo puesto que había creído poder terminar. Recomendado incluso porque había creído poder terminar. Es lo que llamo, por otra parte, "el pase": creía que había pasado. Sólo que: esta creencia — creía que había pasado— me dio ocasión de darme cuenta de algo. Es igualmente así, lo que llamo "el pase". Esto de pronto permite ver cierto relieve; un relieve de lo que he hecho hasta ahora.”

El seminario de Lacan, es su pase. Al final del seminario XX, Lacan dice que no sabe si va seguir el próximo año. “cabe que al aún yo le ponga un basta”. En vez de poner un basta, Lacan recomienza. Es su pase. Es bastante complicado porque el pase es a la vez un momento preciso, un salto, y a la vez es una suerte de revisión. Y en esa vuelta atrás es cuando aparecen cosas nuevas, nuevos puntos de vista. Para resolver esa paradoja, yo diría que el salto no se percibe cuando se actúa, el salto se percibe a posteriori, por eso necesita la revisión para ser establecido lógicamente.

Ahora bien, si consideramos el seminario de Lacan como su análisis, podemos considerar el final de esa enseñanza – que yo sitúo a partir del XX – como su pase. Después de tantos esfuerzos de Lacan para pensar el psicoanálisis a partir de su propio pase, es difícil para nosotros mantener un nivel de

sorpresa. De los AE esperamos que nos enseñen, que nos sorprendan. Entre los límites de lo íntimo y los límites de la teoría tantas veces machacada, cabe decir que la tarea de nuestros colegas es, de cierto modo, imposible. Afortunadamente, en este seminario, habéis invitado a hablar también a colegas que han fracasado en su testimonio del salto. Hablar a partir de ese fracaso implica un cierto nivel de humildad. Tenemos que agradecerles sus esfuerzos.

Cabe decir que en nuestro ámbito, el fracaso es la norma, el éxito es cosa bastante rara. Pero no olvidemos que tenemos mucho que aprender de nuestros fracasos. El fracaso empuja a un paso en más. Eso me resultó muy llamativo en los trabajos de nuestros colegas, me refiero particularmente a la ponencia de María Luisa. Vale decir que la nominación también empuja a un paso más. Es interesante notar que a ese nivel, nominación o no-nominación, como dicen, tienen mismo efecto: llevan a dar un paso en más. ¿Por qué? Sin duda por razones estructurales. Que la no-nominación sea experimentada como fracaso y que lleve a dar un paso en más, nada extraño, pero si la nominación también lleva al AE a trabajar, y menos mal, es porque la nominación no es un punto final. De cierto modo la nominación también fracasa, dado que no puede nombrar lo innombrable. Por eso es inútil que un AE se empeñe en justificar su nominación. Recuerdo un momento surrealista en el que, frente al público de un encuentro internacional un AE recién nombrado se esforzaba en demostrarnos que había descubierto en el pase su verdadera identidad: era una basura. El tío se enorgullecía con su nombre de basura. Es como si nos dijera: “me llamo basura.”

Es muy curioso el uso pronominal que hacemos con el verbo llamar en nuestras lenguas latinas. Cuando decimos “me llamo”, olvidamos que se trata de un verbo pronominal. Y con razón porque no tiene ningún sentido llamarse a sí-mismo. Sería algo autístico. Nominarse a si mismo tampoco no tiene sentido a no ser que se trate de una posición paranoica. En el latín clásico, usaban la voz pasiva. Recuerdo una regla que enunciaba: *Primam partem tollo quoniam nominor Leo*. Me llevo la mejor parte porque soy llamado León. La recuerdo porque sonaba con mi apellido, por supuesto. Yo la solía traducir en broma así: me llevo la mejor parte porque soy Leon NOMINE. Con esa broma yo me las arreglaba con un apellido algo difícil de llevar porque para mí no sonaba como un apellido sino como una palabra común, de cierto modo yo me consideraba como un sin nombre. Felizmente, para mí, de niño, solía ir de verano en casa de mis abuelos paternos, mi abuelo siendo dueño de una bodega, me alegraba ayudarle a entregar el vino en los bares con su camioneta que llevaba pintado nuestro apellido, hasta las botellas lo llevaban grabado en el vidrio.

Pero bueno, más allá de lo que me atañe, creo que es interesante subrayar esa paradoja del “me llamo X”. Porque antes que nada es el Otro quien me llamó antes de que yo pueda contestar. La nominación del AE es de este orden. Es el cartel quien nombra. Sería totalmente insensato decir: me nombro o me llamo AE. En cambio, uno puede decir me han nombrado o no me han nombrado. El me han nombrado enorgullece, el no me han nombrado puede avergonzar.

Si leen el trabajo de María Luisa, verán que después del pase ella trabaja alrededor de un nombre, un nombre heredado del Padre pero que no es su nombre de pila sino un nombre elaborado a partir del nombre con el que ella misma se nombraba. Pues ella lo relaciona con su nombre de síntoma. Me llama la atención el hecho de que la no-nominación la pueda llevar a una elaboración nueva respecto a otro nombre, un nombre con el que ella trata de acercarse a su ser.

Todo eso me dio a pensar en una historia que me había contado un amigo, filósofo italiano cuando estábamos mirando a su gato después de un día entero de trabajo. Me contó que había leído algo sobre los nombres del gato. Según decía, los gatos tienen tres nombres, el nombre que uno le dio cuando le acogió, el nombre que uno utiliza cada día, mucho más cariñoso, y un tercer nombre que es secreto y

que solo el gato conoce. “Cuando notas que el gato está hundido en sus pensamientos – me dijo – sabrás que está pensando en su nombre secreto.” Fui a buscar en Google el origen de esa historia y lo encontré: es un pequeño poema de T.S.Eliot

He aquí el poema traducido al castellano.

“Nombrar a un gato es asunto difícil. No es solamente un juego de día de fiesta. Ustedes podrían pensar que yo soy totalmente loco cuando digo que un gato ha de tener tres nombres distintos. Primero, hay el nombre que le da la familia usualmente. Como Peter, Augustus, Alonso, o James,[ ... ]Pero les digo que un gato necesita un nombre peculiar, más digno, que le permita mantenerse la cola perpendicular, desplegar sus barbas, y que acaricie su orgullo. De nombres de esta clase, puedo darles un quorum, tal como Munkustrap, Quaxo, o Coricopat, tal como Bombalurina, o bien Jellylorum, nombres que nunca pertenezcan a más de un gato. Pero más allá queda otro nombre, un nombre que nunca podrán imaginar, el nombre que ninguna investigación humana puede descubrir, pero el gato mismo sabe y nunca confesará. Cuando ustedes notan un gato en la meditación profunda, la razón, le digo que, esté siempre igual: Su mente se contrata a una contemplación del rapt del pensamiento, del pensamiento, del pensamiento de su nombre: su inefable, effable Effanineffable profundo e inescrutable nombre singular.”

Creo que el alcance del poema de Eliot rebasa el marco de los nombres del gato. Este nombre singular que no puede ser pronunciado por nadie, y cuya contemplación rapta el pensamiento, es una buena metáfora para lo que consideramos como síntoma en el sentido de un rasgo peculiar, índice del goce que caracteriza el ser de cada uno. Todos, tenemos un nombre secreto, que no nos sirve para ser reconocido ni llamado, no nos sirve en un proceso de identificación es decir por representarnos a cerca de otros significantes. Es un nombre de uso íntimo, quizás este sirve para llamarse a si-mismo, en el verdadero sentido del término, o sea autísticamente. No es un nombre heredado del Otro, nada que ver con el Ideal del yo. Es más bien algo que nos aleja del ideal del yo, que nos separa. Sin embargo, no podemos decir que ese nombre no tenga ningún lazo con el Otro. En su testimonio Cora Aguerre nos mostró como el significante ideal “la muy querida” procediendo de la madre tapaba su estatuto de objeto de goce para ella.

El S1 tiene dos caras, una que se relaciona al Otro, del lado del ideal  $S1 \rightarrow S2$ , la otra es un S1 sin S2, el uno del goce, eso sería el sello que caracteriza a cada uno. De ahí la idea de considerarlo como nombre, pero nombre secreto aislado del Otro.

¿ Por qué considerar ese sello de goce como nombre, mientras que parece ser el revés de un nombre propio? A mi modo de ver esa paradoja sólo podemos resolverla al considerar el fin de un análisis. En un análisis, se trata de nombrar, inclusive de nombrar lo imposible de nombrar. Y en eso, la nominación de un rasgo peculiar de goce es esencial. Pero esa nominación solo puede ocurrir al final del proceso. Porque antes, el analizante no podía nombrar su goce, porque hubiera sido como denunciarlo.

En la vida cotidiana el goce orienta nuestras elecciones, nuestros amores, hasta nuestros ideales, sin que lo sepamos. El goce orienta también la transferencia, e incluso es el lugar donde más se condensa, llevando al analizante a la repetición. Hasta que en un momento crucial el analizante tropiece con su goce y pueda nombrarlo. Ese momento provoca la caída de los ideales y suele coincidir con el fin de la transferencia. Cuando el analizante ha llegado a ese punto, ya no tiene ganas de seguir suponiendo un saber a quien le parece, ahora, no ser más que un objeto para su goce. Tampoco ya no tiene ganas de seguir sometándose a sus ideales cuando descubre que sólo eran un modo de justificar su goce. Eso conlleva cambios que han de ser suficientemente notables para que los pasadores y el cartel los

puedan destacar en un testimonio. Así pues, lo de nombrar el goce secreto que no dejó de empujar al neurótico a dar pasos atrás para volver en ese momento en que el goce fue reprimido a favor de la adaptación a la demanda del Otro (nominación simbólica), a favor de la identificación al yo ideal (nominación imaginaria), pues lo de reencontrar y poder nombrar ese goce primitivamente dejado a un lado surte muchos efectos.

Y eso lo podemos entender si admitimos lo que Freud nos enseñó o sea que lo primordialmente reprimido atrae hacia él la cadena significante si por acaso un elemento de dicha cadena resuena con lo reprimido primitivo. Dicho de otro modo lo reprimido primitivo es causa de la represión. Si los significantes de la cadena pueden resonar con ese núcleo reprimido primordialmente es porque ese núcleo es hecho de materia significativa. Pero es una materia significativa peculiar, echa de significantes desordenados que no constituyen una cadena significativa. Ese núcleo no dejó de atraer los significantes de la cadena provocando represión y síntomas a lo largo de la vida del neurótico. Entonces despejarlo y nombrarlo, no como nombre secreto, sino como nombre inconsciente, eso sí debe de surtir efectos, efectos de estos que esperamos encontrar al final de un análisis.

Concluiré con una frase de Lacan bastante enigmática, que sin embargo creo entender más o menos. A mi juicio trata de acercarse, de modo distinto, a lo que Eliot designaba como nombre secreto del gato.

Se trata de una cita del seminario IX sobre la identificación, una sesión dedicada al nombre propio. Lacan habla del nombre propio que según dice, “especifica el arraigamiento del sujeto, ligado a lo que ya está listo en el lenguaje para recibir esta información del trazo.”Lacan, a continuación, nota que el nombre propio no se traduce, lo que le otorga una propiedad particular en el registro de la significación. “Esto nos hace interrogar sobre lo que es este punto radical, arcaico, que tenemos necesariamente que suponer en el origen del inconsciente”. Y Lacan subraya que ese punto no puede ser alcanzado por quien habla. Hablando, desarrollando los enunciados, el sujeto “elide en la enunciación algo que no puede saber, el nombre de lo que él es en tanto sujeto de la enunciación. En el acto de la enunciación tenemos esta nominación latente, concebible como primer núcleo, como significativo de lo que, enseguida, va a organizarle como cadena giratoria que desde siempre ha representado por ese centro, ese corazón hablante del sujeto que llamamos "el inconsciente".